

# El arte del Caribe colombiano

ÁLVARO MEDINA



GOBERNACIÓN DEL DEPARTAMENTO DE BOLÍVAR  
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA

Cartagena de Indias

# El arte del Caribe colombiano

Álvaro Medina



*Gobernación de Bolívar*



SECRETARIA DE  
EDUCACION  
Y CULTURA  
DEPARTAMENTAL

## Índice

Presentación del Gobernador de Bolívar	9
Presentación del Secretario de Educación y Cultura	11
Prólogo del autor	13
1. Los pioneros	17
2. La segunda generación	35
3. El tercer envío	57
4. Otras actitudes	69
5. Las inquietudes del presente	89
6. Las realizaciones del presente	103
Notas bibliográficas	124
Notas biográficas	126
Índice onomástico	138

## Introducción del Señor Secretario de Educación y Cultura

El presente libro, que su autor ha titulado *El arte del Caribe colombiano*, carece de precedente y es por lo tanto el primero de su género. Su aparición llena un vacío. Historiar los procesos de las artes visuales en la costa caribe de Colombia era una necesidad que apremiaba. De allí que dentro del plan de desarrollo cultural que se trazó la presente administración departamental (pródiga en el fomento de las artes visuales como bien lo prueba la creación y realización en dos ocasiones del Salón de Artistas Bolívareses), nos hubiéramos propuesto materializar al fin un viejo anhelo.

La Costa en general y la capital del Departamento de Bolívar en particular, han conocido en los últimos sesenta años un florecimiento en las artes de la pintura, el dibujo, la fotografía, la escultura, los espacios ambientales, la instalación, el performance y el video. Se trata de una actividad encomiada, pero no analizada con detenimiento y rigor. Había que hacerlo con criterios amplios. En este sentido, hubiéramos podido cumplir nuestro objetivo limitando, a una historia del arte bolívarense, la tarea a cumplir. El resultado, como es obvio, hubiera sido parcial. Eso no nos interesaba.

Nos interesaba, en verdad, abarcarlo todo. La capital del Departamento es también la capital alterna de Colombia, sede de encuentros internacionales y un centro de cultura dentro de la región cuya dinámica será mayor en los próximos años. Por lo mismo, la incidencia de Cartagena en la Costa será determinante y sobre todo fecundante. Porque así lo entendemos, pensamos que un historiador de arte como Álvaro Medina, que nació y creció en el Caribe colombiano, era la persona indicada para escribir este libro.

De la lectura del texto que hoy entregamos para que sea fuente de muchas reflexiones, resulta claro que tras un período opaco para la pintura, la escultura y el dibujo, estas tres disciplinas alcanzaron con rapidez un esplendor que sólo es comparable al que forjaron zenúes y taironas en el pasado precolombino. A la vuelta de pocas generaciones, en consonancia de la evolución que a nivel internacional han tenido las artes visuales, se ha empezado a ensayar medios no tradicionales como los que van del espacio ambiental al video, signo de la creatividad y la renovación permanente que anima a nuestros mejores artistas.

También se puede observar y comprobar, en este libro, que las artes practicadas al final de la Colonia por un pintor solitario se han ampliado cuantitativa y cualitativamente con el paso del tiempo y hoy son una actividad profesional que le da satisfacción y sustento a legiones de ciudadanos de talento, y esto dentro de una gran diversidad temática, estética, conceptual e ideológica, lo que nos alegra y llena de satisfacción.

Editamos este libro como una manifestación de fe en los hombres del Caribe y de la desgarrada Colombia que vivimos. Si la cultura es el reflejo de un pueblo y su época, *El arte del Caribe colombiano* es una invitación a confiar entonces en los numerosos horizontes que nos quedan por otear en todos los terrenos.

—RÓGER MONTES SINNING  
Secretario de Educación y Cultura del Departamento

Porque las diferencias existen, Nicholas Penny, curador de la National Gallery de Londres, declaró recientemente:

Próximamente iré a los Estados Unidos y una de mis inquietudes será explorar las colecciones norteamericanas, especialmente las del Medio Oeste. Todos conocen la gran pintura de Nueva York o de Washington, incluso la de Chicago, pero también hay cosas absolutamente extraordinarias en sitios como Detroit, Kansas City y Cleveland.

La reveladora declaración del curador británico está indicando un camino a seguir. No todo ocurre en los centros metropolitanos, ni todo se puede medir con la vara de lo que acontece en ellos. La llamada periferia también cuenta, así que al intentar resumir qué ha sido y cómo ha sido el arte del Caribe colombiano, la meta es una sola: establecer una base de reflexión para los que vengan después, sobre todo cuando el análisis se detiene en personalidades que han trascendido nacional e internacionalmente. Por supuesto, no todos alcanzan estos niveles, pero sus obras ayudan, por modestas que sean, a crear el clima de sana competencia que permite orientarse al momento de trazar metas nuevas y ambiciosas.

Por ser ésta la primera reflexión extensa que se publica sobre las artes plásticas de la Costa, he procurado ser amplio y no restrictivo, rayando casi el inventario. Me anima la idea de que a partir del panorama que aquí dejo esbozado, los críticos, los ensayistas y los mismos artistas podrán valorar y definir niveles de exigencia, algo que yo mismo intentaré hacer en otra ocasión. Al aceptar esta tarea por invitación del Gobierno Departamental de Bolívar, de su Gobernador Doctor Miguel Raad Hernández y de su Secretario de Educación y Cultura Ingeniero Róger Montes Sinning, he procurado abordar a los artistas de mérito a partir de sus aportes más significativos, que en general sintetizo en el instante en que se forja un lenguaje y se define el eje que atraviesa una obra.

Podríamos considerar ese instante de definición como el punto de encuentro del artista consigo mismo, o sea que este texto puede leerse como una sucesión de tales puntos. En la mayoría de los artistas ese pun-

to es uno solo, pero en unos pocos son dos. Esto último ocurre cuando la producción se puede dividir en dos etapas, significativas ambas.

El criterio cambia en el último capítulo, donde considero artistas recientes que no tienen aún una trayectoria clara y en algunos casos hasta carecen de comentarios críticos sustanciales. En presencia de talentos que prometen verdaderamente pero sujetos al vaivén de sus búsquedas personales, me he limitado a analizar la obra o tipo de obras que me ha parecido descollante dentro de la producción exhibida por ellos en los últimos años.

El tercer milenio se inicia entonces con un abarcador análisis de lo que han sido las artes visuales en la zona norte de Colombia. Desde el punto de vista de la historia cultural regional, se cierra un ciclo y se abre otro cuando concluye un siglo y se abre otro, planteando nuevos retos.

Este libro ha sido posible gracias a la voluntad del doctor Miguel Raad, el respaldo del Ingeniero Róger Montes, la hospitalidad de Yolanda Pupo de Mogollón como directora del Museo de Arte Moderno de Cartagena, las orientaciones siempre precisas de Eduardo Hernández, la colaboración de Cecilia Delgado, el entusiasmo de Margarita Abello y la generosa ayuda de Ramiro Gómez, Néstor Martínez Celis, María Elvira Dieppa, Eduardo Vides, Amaranta Chipiaje y José Luis Quessep. A todos ellos mis reconocimientos.

—ÁLVARO MEDINA



Helena Martín Franco, *Corona*, de la serie *Espinario*, 1998



Helena Martín Franco, *Corona*, de la serie *Espinario*, 1998

Con un enfoque que superficialmente podemos emparentar con el de Manolo Vellojín pero que por supuesto es distinto, Helena Martín Franco toma un símbolo religioso caro a la cristiandad para tocar el problema de la violencia omnipresente. Ese símbolo es la corona de espinas, que amplía considerablemente sin entrar en hiperrealismos. Según Germán Rubiano Caballero, la obra de Martín Franco «constituye una clara metáfora de nuestros tiempos aciagos»<sup>48</sup>. La pintora forja su metáfora construyendo y reconstruyendo la corona, que fragmenta y arma nuevamente como si se tratara del lacerante rompecabezas que es la realidad política y social que padecemos. Según la artista, ella busca «manipular» el significado de la corona para «volverla otra cosa»<sup>49</sup>. Las imágenes, aunque sumamente simples, resultan dramáticas e incluso hirientes. Una virtud tiene Martín Franco y es su capacidad de síntesis, de velada estirpe abstraccionista, que maneja con propiedad para evitar retóricas inútiles y entregarnos imágenes que impactan por la precisión del dibujo y la gran escala a que trabaja.

La fidelidad al fragmento que se observa en Helena Martín Franco no es del todo diferente a la de Cristo Hoyos. Refiriéndose a la serie pictórica de las cercas medianeras, Hoyos ha planteado que la verticalidad y la luminosidad, ingredientes góticos por excelencia, son los elementos primor-



Cristo Hoyos, *Presencia de cerca*, 2000

diales de la obra reciente. Se ha adentrado así en una pintura figurativa de ritmos abstractos dominada por la verticalidad y el monocromatismo, pero centrada en un asunto anodino que la composición vuelve grandioso. La referencia al arte gótico es pertinente y no sobra señalar, por lo mismo, que el artista ha sabido escoger un asunto menor en función de evocaciones que remiten a un lenguaje histórico mayor, organizando conjuntos de cuadros alargados y estrechos que con sus formatos complementan el empuje ascensional de los troncos y estacas que pinta a escala natural. El espíritu que anima a Cristo Hoyos es el mismo que se manifestó en las tumbas deslucidas, de lápidas alteradas por el tiempo, que pintó hace pocos años. Hoyos ha estado replanteándose el realismo. Por eso aísla del respectivo contexto los detalles y le da a la pintura un acabado de copia litográfica.

Lejos están Muriel Angulo y Vicky Fadul de tales intenciones. No obstante, hay en ambas el deseo de expresar un ámbito. En Angulo es la sensualidad cromática que el caribeño crea a su alrededor poniéndole color a su ropa, a su edilicia e incluso al mobiliario privado pero de carácter urbano que usa, sentido colorístico que es como el escudo que ayuda a contrarrestar la manera como el sol devora la pigmentación del entorno. En la pintura